



RINCONES DE MADRID

Los Jardines del Campo del Moro



Por Francisco Javier Barbado

El Campo del Moro es un rincón romántico, sugerente y fascinante, en la trasera del Palacio Real, esbozo de un bosque con biodiversidad, lleno de luz y colores melancólicos, casi desconocido y poco frecuentado. La actriz Lucía Quintana confiesa ('EL País', 16-12-2016) que "cuando necesito estar sola, me dirijo a este jardín precioso. Busco soledad, un banco para leer. Hay muy poca gente y

tiene rincones muy románticos. Un buen sitio para recuperar el aire y las vistas de otoño".

Perspectiva general del Campo del Moro

Los jardines se encuentran desde la fachada occidental del Palacio Real hasta llegar a la ribera del Manzanares, hoy conocida como Madrid Río, y están delimitados al norte por la Cuesta de san Vicente y la estación

Príncipe Pío, al sur por el Parque Ateñas, al este por el Palacio Real y la catedral de la Almudena y al oeste por el paseo de la Virgen del Puerto. En sus cercanías, en la Cuesta de la Vega y enfrente de la cripta neorrománica de la Almudena, está la muralla musulmana, de los años 852-856 reinando el emir independiente de Córdoba Mohamed I.

La única entrada y salida que tiene el Campo del Moro es por el paseo de la Virgen del Puerto. Al entrar leemos advertencias dispares, no se permite el acceso de perros o bicicletas y la red de caminos tiene una pendiente de 5,8%. Existe un acceso para personas con diversidad funcional y para las sillas de los niños en forma de pequeña rampa de madera sin escalones. Antes de descender por una de las dos escaleras tortuosas de piedra, hay un magnífico mirador con una perspectiva perfecta que nos da una ilusión de simetría, una avenida central que es una pradera, una hermosa alfombra siempre verde, cuyo horizonte es el Palacio Real. A vista de pájaro a vuelo raso, se vislumbra el campo ajardinado, de unas 20 hectáreas, rodeado por avenidas de circunvalación, con paseos,

estanques, fuentes y bosquetes con una arboleda diversa.

El Rey Juan Carlos I

A la entrada de los jardines, al inicio de la pradera central, está colocado un busto en bronce del rey Juan Carlos, de gran belleza artística y expresiva, con la boca entreabierta con un gesto que parece estar dando un discurso a los españoles. Al lado de la escultura hay una leyenda informativa: "este jardín del Palacio Real de Madrid, conocido tradicionalmente como "Campo del Moro", fue abierto al público el 24 de junio de 1978, por expreso deseo del Rey de España, Don Juan Carlos I".

Historia de los Jardines del Campo del Moro

El Campo del Moro recibe este nombre debido a que en este lugar acampó con sus huestes Alí Ben Yusuf, en el año 1109, para asediar el Alcázar en su intento de reconquistar Madrid. Sin embargo, Javier Edienagusta (Madrid, El País-Aguilar, 2002) sostiene con pensamiento crítico que "el nombre de Campo del Moro no aparece hasta bien avanzado el siglo XIX, lo que permite atribuirlo más a la imaginación romántica que a cualquier

Paseo principal del Campo del Moro con el Palacio Real al fondo.

D'islla. No llegó a realizarse ninguno, bien por su elevado coste o por no ser del agrado del rey.

Diseños realizados

Hasta mediados del siglo XIX no comenzaron los proyectos que sí se realizaron. En 1844, reinando Isabel II, se solicita a don Narciso Pascual y Colomer, arquitecto mayor de palacio, un proyecto para la realización de los jardines del Campo del Moro. Su proyecto contenía trazados casi mudéjares, el traslado y colocación de las fuentes de las Conchas y de los Tritones en su ubicación actual, y en la parte occidental de los jardines instaló los juegos isabelinos de moda como los de la Sortija, la Paloma, la Rueda del Diablo, tiro al blanco y columpios.

En el año 1890 bajo la regente María Cristina de Habsburgo y Lorena, se hicieron nuevos planes para el Campo del Moro, ejecutados por Ramón Oliva, maestro jardinero de palacio. Sus trazados y propósitos son los que hoy podemos disfrutar: un jardín mixto, de influencia inglesa, inspirado en la libre naturaleza. Se realizaron caminos con suaves y onduladas curvas, entre praderas, borduras y macizos de flores.

hecho histórico fehaciente”.

Felipe II adquirió estos terrenos y otros colindantes para dar grandiosidad al Alcázar, pero sus sucesores Felipe III y Felipe IV los utilizaron para todo tipo de juegos y fiestas, hasta que por influencia del Conde-Duque de Olivares los festejos se trasladaron al Parque del Buen Retiro.

Hubo que esperar hasta el siglo XIX, bajo el reinado de Isabel II, para que se hicieran los trabajos que le dieron el aspecto actual. Bajo la regencia de doña María Cristina de Habsburgo y Lorena, viuda de don Alfonso XII, se diseñó un jardín paisajista, de trazado y plantaciones al gusto romántico, con posterior plantación de la pradera central conocida como “Vistas al sol”.

El incendio del Alcázar: planes frustrados

En la nochebuena de 1734, reinando Felipe V, se produjo un devastador incendio que arrasó por completo el edificio del Alcázar. La catástrofe obligó a la construcción del Palacio Real desde cero. Así nacieron los proyectos para el Campo del Moro unidos a los que se hicieron para el nuevo palacio. Fueron los proyectos de Ribera, Sachetti, Boutelau y

Los estanques

El estanque de Carruajes es el mayor y más hermoso, cerca de la verja del paseo de la Virgen del Puerto y al lado del antiguo Museo de Carruajes. Está en una plaza encantadora, con un aire melancólico entre plátanos, robles, bambúes y madroños. Tiene morfología ovoide, arriñonada, con un puente de piedra en medio, con casitas y posetas con ranas metálicas dentro del agua. Dar de comer a las palomas, los pavos reales, los patos, y a un cisne negro erguido y elegante, es la delicia y alegría de niños y abuelos canguros, de solitarios, parados y algún guiri perdido. Y en las mañanas de invierno, ver a los patos andar por el estanque helado, saltando por los carámbanos es una escena insólita.

El estanque de la Chata, pequeño y recoleto, casi escondido al lado de la verja de la Cuesta de san Vicente, oculto entre vegetación mixta, elíptico, de un palmo de profundidad, con alegres peces rojos, con rebordes de piedra y ladrillo. Es un homenaje a la Chata, doña Isabel

Hubo que esperar hasta el siglo XIX, bajo el reinado de Isabel II, para que se hicieran los trabajos que le dieron el aspecto actual

La Almendrita es un rincón precioso y romántico en el corazón de los jardines, detrás de las casitas de la Reina y el Corcho

ro. ¿Sería esta casa el refugio para el llanto de la Reina María Cristina por la muerte por tuberculosis, a los 28 años de edad, de su marido don Alfonso XII? No podemos olvidar a la Reina compungida, enjugándose las lágrimas con un pañuelo, ante el cadáver de su esposo, en el cuadro El último beso, de Juan Antonio Benlliure y Gil.

En el paseo de las Damas destaca una casita, el chalet del Corcho, abandonada, de una sola planta octogonal, que desde lejos parece un palomar cercado por vallas maltrechas. Tiene ventanas acristaladas con fragmentos de colores, rojo, anaranjado, verde y azul añil, que irradian sugestivos reflejos de luz coloreada.

Los bosquetes

El bosquete es definido por la RAE como “bosque artificial y de recreo en los jardines o en las casas de campo”. El Campo del Moro tiene nueve bosquetes con nombres inquietantes



Chalet de la Reina.

de Borbón y Borbón (1851-1931), infanta de España y Princesa de Asturias, hermana de don Alfonso XII. Al lado del estanque, un bosquete alberga de forma casi abandonada, la estatua de su madre, la reina doña Isabel II.

Las casitas

En la plaza de la Reina María Cristina de Habsburgo y Lorena, la discreta regente de España para el Conde de Romanones (Espasa-Calpe, 1947), se encuentra el llamado Chalet de la Reina, una magnífica casita con arquitectura de los cuentos de hadas, vacía, misteriosa y fantasmal, con techos picudos y bandas geométricas pintadas de color marrón oscu-

como bosquete de Panchito, de los Magnolios, del Roble, de la Chata, del Tenis, del Barranco, de los Canteros, de la Almendrita y de la Copa. Mis bosquetes favoritos son la Almendrita y el Panchito.

La Almendrita es un rincón precioso y romántico en el corazón de los jardines, detrás de las casitas de la Reina y el Corcho, con un redondeo de tierra y una fuente en forma de copa. El Panchito, a los pies del Palacio Real, está recostado sobre una oquedad, con dos bancos empedrados y una artesa de mármol o quizás un antiguo macetero abandonado. Son bosquetes para leer La meditación del silencio del cura Pablo d'Ors, nieto de don Eugenio



Estanque de los Carruajes.



Bosquete de la Almendra.

d'Ors y cumplir el viejo adagio indio "vacía tu mente y silencia tu inquietud. Solo entonces verás como todo se revela desde el vacío".

Las fuentes

El Campo del Moro tiene dos hermosas fuentes monumentales instaladas durante el reinado de Isabel II, la fuente de los Tritones y la de las Conchas.

La fuente de los Tritones está en el borde del Palacio Real en una zona de acceso prohibido. Fue mandada labrar por Felipe IV para Aranjuez, en cuyo jardín de la Isla estuvo colocada el año 1657. Esta fuente fue pintada por Velázquez en un lienzo que se conserva en el Museo Nacional del Prado.

La fuente de las Conchas está en la pradera central de los jardines y es admirada desde el mirador de la entrada. Fue labrada por Francisco Gutiérrez y a su muerte, continuada por Manuel Álvarez, según diseño de Ventura Rodríguez, para el palacio de Boadilla. Fue regalada por los duques de san Fernando al rey Fernando VII, quien a su vez la cedió a su esposa María Cristina. Tiene un conjunto de tres estratos con faunos, mujeres, conchas, tortugas, delfines, y cestas de flores, con una sensación fascinante de encantamiento.

Los caminos

Los nombres de los paseos son inquietantes y seductores, según la arboleda de sus lindes, el paseo de los Plátanos, de los Castaños, de los Celindos, de las Hayas, de las Yucas, de las Robinias, o con diversas historias, como el paseo de las Vistas del Sol,

paseo de los Civiles, de los Mosquitos, de las Damas, etc. Los caminos, casi siempre solitarios, están llenos de papeleras originales, metálicas revestidas de color del mimbre y con una corona real. Paseante crónico, cabizbajo y nostálgico, escucho las campanadas de la catedral de la Almudena, veo pasar carruajes de época tirados por caballos percherones. Sin una ruta concreta, con el aire frío de las mañanas o el crepúsculo rojo de los atardeceres, ejerzo este nuevo oficio de curioso y vagante, pensar con la pulsión del caminante. La ex mujer de Vargas Llosa, Patricia Llosa, confesaba "que salimos a caminar juntos, pero él trabaja cuando caminamos". El paseo en sí es una pura cavilación,

Tiene dos hermosas fuentes monumentales instaladas durante el reinado de Isabel II, la de los Tritones y la de las Conchas

entre la placidez de los estanques, la quietud de los bosquetes, en un mosaico de parajes diferentes, con el crujir y el olor de las hojas secas.

La fauna

En el estanque de los Carruajes y sus alrededores, corretean y vuelan urracas, cotorras, ánades, palomas blancas, el cisne negro rey del estanque, y sobre todo más de doce pavos

reales con su intrigante lenguaje de ruidos agudos ¡y vuelos a las ramas de los árboles! Pero los más cautivadores son un faisán y su faisana, en un corralito de redes metálicas con un plátano, una mesita y un abrevadero, cerca del Chalet del Corcho. El faisán tiene un plumaje de alegres e intensos colores, rojo, amarillo, negro y blanco ¿quién les abrirá la portezuela para pasar la noche en una casita ad hoc?

Arboreto

Los jardines del campo del Moro tienen un interesante arboreto en el que destacan magníficos ejemplares de: tejo (*taxus baccata*), plátano (*platanus occidentalis*), castaño de Indias (*aesculus hippocastanum*), almez (*celtis australis*), pinos más gigantes que las secuoyas, etc. Pero mis dos árboles favoritos singulares son, el ginkgo biloba y el roble común (*quercus robur*).

Aunque hay varios ginkgos, uno es casi un recién nacido y está al inicio del paseo de Circunvalación. Pequeño y humilde, representa al arboreto más resistente e histórico. En términos evolutivos es el árbol más antiguo vivo. Este arbolito tiene un gran porvenir: puede alcanzar los 30 metros de altura y vivir hasta mil años. Se caracteriza por sus hojas caducas en forma de abanico y por sus semillas carnosas de olor desagradable. Florece en primavera y las semillas, que maduran en otoño semejan una drupa globosa entre 2 y 3 cm, rica en hidratos de carbono y se utiliza como alimento en China y Japón. El ginkgo biloba es muy resistente a la contaminación urbana y es famoso por ser la primera planta que rebrotó después

de la bomba Hiroshima. Es un árbol sagrado para los budistas y se planta junto a los monasterios desde hace miles de años. Es un árbol apasionante desde el punto de vista médico. El vocablo ginkgo consta en el Diccionario de Términos Médicos de la Real Academia Nacional de Medicina como "preparación farmacéutica, estandarizada según las normas internacionales, indicada para el alivio sintomático de los trastornos circulatorios cerebrales y periféricos y se administra como extracto seco de hoja, como polvo micronizado de hoja o en solución alcohólica", y que "contiene en el extracto de hojas verdes desecadas componentes bioactivos, glucósidos, flavonoides, lactosas de terpeno, y ácidos ginkgólicos A, B y C".

El roble común (*quercus robur*) es el único árbol del Campo del Moro que tiene su tarjeta de presentación: "es un árbol de una edad aproximada de 200 años, alto (27 m), de copa amplia (11,6 m), con morfología general de bóveda pero con ramificaciones de gran retorcimiento, algunas casi tocando el suelo, de hojas caducas y bellotas como fruto". Es un árbol con gran resistencia alta al frío, las heladas y el viento. Dentro del género *quercus* (robles, encinas, alcornoques) es el que más altura alcanza, puede llegar a 40 m y el más longevo, puede vivir más de mil años.

Un jardín enmarañado ¿la mala hierba?

Patrimonio Nacional se ha propuesto una nueva visión de las hierbas de sus Jardines, entre ellos el Campo del Moro. El objetivo principal es no utilizar el glicofosato en los espa-



La fuente de las Conchas.

cios verdes que gestiona ¿Por qué? Pues porque el uso del glicofosato es cada vez más controvertido por la incidencia medioambiental y en la salud humana. Patrimonio Nacional tiene una nueva mirada sobre las hierbas, al considerarlas como refugio para múltiples especies de invertebrados, algunas de las cuales controlan además nuestras plagas, y como alimento a multitud de pájaros y otros vertebrados. Por tanto, la existencia de zonas con hierbas no debería ser considerada como una mala gestión, siendo en primer lugar necesario un cambio radical en la percepción de las mismas.

Paseante en otoño

Don Pío Baroja en su dietario Las horas solitarias (1918) confiesa que “el otoño es para mí la época más agradable en el campo y en la ciudad. Las primeras frescuras otoñales son una delicia, la lluvia benéfica va cayendo suavemente sobre la tierra y parece que es una voluptuosidad nueva mirar el paisaje y respirar. Ver las mañanas que brotan radiantes, recibir la caricia del sol, ya enfermizo, que tiene un calor dulce al mediodía. Pasear haciendo crujir las hojas amarillas de los árboles y oír las campanadas de oración desde lejos”.

Aunque el rojo del otoño siempre hiere, soy adicto a los pensamientos bajo la lluvia en un día gris, escuchar el rumor del viento, cuando el follaje de las plantas caducifolias cambia de color y los verdes dan paso a los amarillos, ocres, rojizos y marrones. Pasear por las alfombras de hojas húmedas entre cañas de bambú es un licor embriagador que

puede calmar el ennui de Baudelaire, el spleen de Umbral, la noia de Leopardi, la intemperie moral de Joan Margarit, el tedium vitae de López Ibor, la acedia de los monjes medievales, es decir el fastidio, cansancio, vacío o mal de la vida. Por eso me considero otoñista de los jardines del Campo del Moro.

El olor a tierra mojada

Es como un perfume, tirador de la memoria, que nos lleva a los días de la infancia. Asunción de los Ríos nos explica (El suelo. Un paseo por vida. Museo de Ciencias Naturales, 2016) el por qué del olor a tierra mojada “la responsable de este olor, que solemos percibir tras la lluvia, es la

¿Arte perdido o abandonado? Origina desasosiego descubrir restos de lápidas, fragmentos de placas, escudos, figuras y columnas

bacteria *Streptomyces coelicolor*. Se encuentra en la mayoría de los suelos y produce una sustancia geosmina, palabra de origen griego que significa aroma de la tierra”.

El cambio de color de las hojas

Como paseante crónico de los otoños del campo del Moro, que siempre vuelven, me preguntaba ¿cuál es la causa de que las hojas cambien de

color? En un inesperado panel del Jardín Botánico podemos leer “las plantas son de color verde debido a la clorofila, un pigmento que interviene en fotosíntesis de las plantas. Gracias a este proceso las plantas convierten la luz solar, el dióxido de carbono y el agua en azúcares con los que se alimentan. Pero a medida que los días se van acortando la producción de clorofila va disminuyendo hasta detenerse. Esto se traduce en la desaparición del color verde y la aparición de colores amarillos y ocres de otros pigmentos, que siempre han estado allí aunque enmascarados por la clorofila: los carotenoides y las antocianinas”. ¿Y los cálidos colores rojos? Pues “se producen porque los vasos conductores de las hojas comienzan a cerrarse y los azúcares quedan atrapados dentro y reaccionan con otras sustancias químicas en el interior de las plantas, formando los pigmentos rojos”.

¿Pueden estas explicaciones calmar la nostalgia del pasado o del futuro del Campo del Moro? No lo sé.

Ruinas seductoras en los jardines

¿Arte perdido o abandonado? Origina desasosiego descubrir restos de lápidas, fragmentos de placas, escudos, figuras y columnas por los jardines del Campo del Moro, al final del paseo de los Castaños o alrededor del estanque de los Carruajes. Sin embargo, es un placer encontrar estatuas deterioradas en lugares recónditos, casi subrepticias o fugitivas. En una plazoleta innominada hay un león, de pie, con la boca rota o seccionada, con dos esferas entre sus garras, y llamativos genitales externos, con pene y testículos grandes.

La estatua de Isabel II, curiosamente sin nariz, en el estanque de la Chata, con una elegante corona y la nominación ISABEL II. Muy cerca, en el bosque del Barranco, oculta por la vegetación, hay otra estatua, un caballero con capa y espada, con un bigote abigarrado, al que también le falta la nariz, con la siguiente inscripción REI. D. F.A. DE BORBÓN. Según el médico y escritor Amalio Ordóñez, se trata de don Francisco de Asís, esposo de la reina Isabel II y por tanto rey consorte.

Antes de llegar al Museo de Carruajes, debajo de un desnudo colgadizo, vemos un carramato de color negro, en ruinas, quizás un antiguo transporte para la guerra, donde se guarecen los pavos reales del viento y la lluvia.

Apólogo de las ruinas, considero que el gusto o seducción por los restos es atávico. Sin duda, son testimonios o documentos de la historia, la huella viva de lo que fue, del paso del tiempo y la ausencia, ¿reliquias o juguetes rotos de la memoria? En una reciente exposición en el palacio de Cibeles de Madrid (Atlas de las ruinas de Europa, 2016) Julia Morandeira y José Riello consideran que las ruinas son “restos que invocan espectros y fantasmas que nos recuerdan que el pasado es un conflicto sin resolver, que el pasado es un presente continuo”. Es decir, lo que son las ruinas perdidas de los Jardines del Campo del Moro de Madrid.

Francisco Javier Barbado Hernández es ex Jefe de Sección de Medicina Interna del Hospital Universitario La Paz y ex Profesor Asociado de la Universidad Autónoma de Madrid.